

El legado del marxismo y las tareas del socialismo democrático en nuestro tiempo

Willy Brandt

En estos días son varias las oportunidades en que nos vemos obligados a reanalizar los hechos que se dieron en Alemania hace ya cincuenta años y ver cuáles han sido sus efectos. En medio de la miseria y la vileza, los socialdemócratas de Berlín invitaron a una ceremonia con motivo de los cincuenta años del fallecimiento de Carlos Marx, precisamente para la noche del 27 de febrero, sin poder anticipar que esa misma noche ardería el Congreso (Reichtag) ni lo que sucedería después.

En el repleto Palacio de los Deportes tocaría a Friedrich Stampfer, redactor jefe del periódico "Vorwaerts", pronunciar el discurso inaugural. En sus memorias podemos leer: "Comencé por explicar la diferencia que hay entre un marxista y un antimarxista. Para ser marxista es necesario saber muchísimo, para ser antimarxista no hace falta saber nada". Y sigue Stampfer: "La hilaridad que provocó este comentario fue interrumpida por la voz de mando del vigilante: - ¡Se disuelve la asamblea! -. Una explosión masiva de ira siguió a esta provocación. Con el personal auxiliar tengo que formar una cadena para proteger al funcionario. En el gran espacio cerrado sonaba como un coro la protesta: ¡Abajo Hitler! ¡Maten a golpes a ese perro. . . !".

Ahora celebramos este encuentro en Bonn con motivo del centésimo aniversario de la muerte de Marx, en una época diferente y casi en un mundo diferente. Efectivamente, no es poco lo que ha cambiado. En el programa de esta reunión se incluyó como uno de los puntos que evalúe yo el legado de ese gran personaje de Tréveris y que diga algo acerca de las tareas del socialismo democrático en nuestro tiempo. El tema resulta quizás demasiado ambicioso.

Tendré que limitarme a unos cuantos aspectos y perspectivas, sin poder prometer que en mis comentarios quede totalmente oculta la situación concreta en que nos encontramos en nuestro país. Me es difícil hacer abstracción de la circunstancia de que soy presidente de un partido que en estas últimas semanas se empeña con la comprometida participación de sus miembros y amigos, por lograr que se le confíe nuevamente la dirección política de la República Federal de Alemania, y que lo hace con buena perspectiva de alcanzar su meta.

No huir de la historia

Lo que está bien claro es que el 6 de marzo no es Carlos Marx quien se somete a votación, ni lo es, ciertamente, en las reuniones del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Igualmente evidente es que la socialdemocracia alemana se vería mal si huyera de la historia. El socialismo llamado "científico" no ha sido el creador del SPD, pero sí influyó fuertemente en él y le transmitió impulsos decisivos. Y desde luego que no tenemos por qué avergonzarnos de ello.

Hay otros mejor preparados que yo para responder a esta pregunta: ¿Qué actualidad tiene hoy, en 1983, la doctrina de Carlos Marx? Mi respuesta es titubeante y necesariamente ambigua. Mi aportación a una respuesta se refiere en primer término al marco programático actual de los partidos democrático-socialistas.

Si observamos desde este punto de vista la realidad política de nuestros días, resulta indiscutible que el "marxismo" ha perdido en buena medida su antes tan luminosa fuerza de atracción. Los partidos socialdemócratas del centro y norte de Europa, y en medida creciente los partidos democrático-socialistas de otros países de nuestro continente, orientan su política y sus programas actuales teniendo muy poco en cuenta el legado del hombre que fue uno de sus más destacados fundadores espirituales. También se ha debilitado el esfuerzo por ocupar una posición opuesta que tuviera por elemento fijo a ese hombre. Y los nuevos movimientos sociales y políticos que están surgiendo en algunos de nuestros países tienen aún menos que ver con Marx. Recordamos que esta situación era todavía muy diferente en las acaloradas protestas estudiantiles de fines de los años sesenta.

Quisiera hacer una pequeña comparación: en marzo de 1933, la inauguración de la reunión ordinaria del SPD en Franksfort/Meno había de coincidir con el cincuenta aniversario de la muerte de Marx. El presidente del partido, Otto Wels, había insistido en esa coincidencia de fechas frente a los representantes de una fracción de izquierda del partido que deseaban una fecha anterior. Me gustaría saber con qué clases de incompreensión se toparía un presidente si utilizara un argumento similar para fijar la fecha de asamblea de un partido.

En lo que respecta a los Estados de régimen comunista y a su realidad social, puede decirse sin exagerar que en su desarrollo se han alejado notoriamente del camino que Marx había señalado como la vía de liberación de la personalidad humana. La glorificación verbal de Marx y Engels no se lleva bien con un anquilosamiento burocrático que deja poco margen al libre desenvolvimiento del ser humano. Pero Marx desempeña un papel muy secundario incluso para quienes en esos países intentan formar una fuerza de oposición capaz de generar cambios políticos y sociales. Compárese, por ejemplo, el movimiento que en 1968 desembocó en la Primavera de Praga, con las fuerzas sindicales que se unieron en Polonia en el movimiento de "Solidaridad".

No olvidemos el Tercer Mundo: los países en que se perfilan profundas transformaciones, donde diversos movimientos de liberación y otras agrupaciones que se consideran a sí mismas como progresistas, intentan cambiar de manera permanente las condiciones de vida de sus patrias, se basan más en tradiciones vernáculas propias, y sólo excepcionalmente hacen referencia al pensador pionero de Europa.

Validez de su legado

¿Hemos de deducir de todo ello que el legado de Marx se está perdiendo? ¿Que ya no es actual? Mi respuesta clara y decidida es: no, de ninguna manera.

Nadie puede poner seriamente en tela de juicio la importancia de este legado para el pensamiento económico, social e histórico; tampoco es posible negar las acciones promovidas por la influencia de ese pensamiento.

Para las sociedades industriales, la "Crítica de la economía política" de Marx sigue siendo significativa, aun cuando en forma restringida debido a las condiciones diferentes. En contraste con otros economistas de su tiempo, Marx predijo atinadamente el proceso de acumulación y concentración del capital. También previó correctamente, en principio, la separación de administración y propiedad del capital, así como el papel de los miembros de estratos intermedios. Pese a su admiración por la enorme dinámica de crecimiento del modo de producción capitalista, sin embargo, se quedó corto en la valoración de su fuerza explosiva. Marx suponía que la tendencia a la baja de las tasas de ganancia inclinaría a los empresarios que operaban en el modo de producción capitalista a dejar de ampliar la producción, por lo que ya no sería posible satisfacer suficientemente las necesidades de los individuos socialmente desarrollados. Evidentemente, esta apreciación careció de fundamento.

Pero las equivocaciones en algunas cuestiones particulares no pueden alterar el hecho de que sus teorías - especialmente en lo concerniente al condicionamiento material de muchos procesos políticos - dejaron profundas e inconfundibles huellas en nuestro pensamiento. Por eso quiero subrayar que las ciencias económicas y sociales, así como la historiografía y la filosofía modernas, no pueden imaginarse sin la influencia de las teorías y metodología de Marx.

Marx creó una serie de conceptos fundamentales para una época que perdura hasta el día de hoy: la era industrial, la época del industrialismo, la época del capitalismo, en un sentido aún más amplio que el descrito en su obra principal. Si incluso quienes no cierran su criterio prejuiciadamente sienten un cierto distanciamiento, ello se debe seguramente a que las categorías con las que determinamos desde Marx nuestra visión del mundo no sólo sufren alteraciones parciales sino transformaciones radicales.

¿Podría ser que está alcanzando su fin la época para las que fueron acuñadas esas categorías en su momento? Prefiero ser cauteloso, pero hay indicios que señalan que la sociedad industrial y laboral de los últimos 150 años no sólo se encuentra en una crisis, sino que ha desembocado en una revolución que tampoco deja incólumes las categorías de su conocimiento. No puede aprisionarse en una camisa de fuerza escolástica la pregunta de si "la doctrina" de Carlos Marx se sostiene frente a las experiencias alteradas de la realidad.

Marx y su afán de liberación del hombre

Hace casi seis años me dediqué en Tréveris a Carlos Marx como hombre de la democracia y liberalidad. Comenté en esa ocasión que Marx contaba entre las figuras más sobresalientes del movimiento liberal europeo: "Sea lo que fuere lo que se ha hecho o querido hacer de Marx: el motivo de su pensar y actuar fue siempre el afán de libertad, de liberación del hombre de su servidumbre e indigna dependencia". No me pareció que se trataba de una afirmación sensacional, pero sí de una afirmación necesaria frente a muchos ignorantes, incluidos ciertos eruditos de gabinete.

No creo tener que enmendar en nada esa afirmación. Si hoy tuviese que profundizar en ese tema, hablaría de la actitud antiburocrática de Marx tanto como, una vez más, de su actitud a veces ambivalente, pero en general unívoca, respecto a las cuestiones de la libertad nacional. Agradezco a Iring Fetscher que nos haga recordar nuevamente lo que Engels expresó con relación a Polonia y a la vez con respecto a la paz: "Un pueblo que oprime a otros no puede emanciparse a sí mismo. El poder que requiere para oprimir a los demás acaba por volverse siempre contra el mismo. . .

Hoy quisiera que mis comentarios se refirieran a las dos categorías fundamentales que, según Marx, son constitutivas de la evolución de la humanidad y de la sociedad: a la naturaleza y al trabajo, así como al proceso derivado de la interacción de ambos y que se debe presuponer para la posibilidad de la historia en el sentido de acción política: la idea del progreso histórico.

¿Quién no estaría dispuesto a reconocer que debemos en alto grado a Carlos Marx estas categorías que determinan la imagen del mundo moderno? ¿Y quién discutiría que la relación tradicional entre estas categorías ha comenzado a tambalearse? Hay quienes saben, sin aceptarlo o sin ser conscientes de ello, que precisamente el pensamiento de Marx alberga puntos de partida para una necesaria reinterpretación. En este sentido nos las hemos efectivamente con un personaje que no se agota en su arraigo en el siglo pasado.

La reinterpretación consciente, la reformulación de las mencionadas categorías tiene una importancia fundamental para toda acción política que tienda al

cambio. Pues un partido conservador ciertamente puede arreglárselas sin un claro concepto del progreso, mas no puede hacerlo un partido liberal-socialista orientado a las reformas. Las preguntas por el destino de la naturaleza y el futuro del trabajo - haciendo aquí caso omiso de la verdadera supervivencia, o sea del problema medular de la paz - son, quiérase o no, las preguntas esenciales de la búsqueda de la sociedad del futuro. Los socialistas democráticos, o sea los socialdemócratas tanto en Alemania como en otras regiones, se han desembarazado de la creencia en legalidades mecanicistas en la historia. Una creencia tal no podía remitirse justificadamente a Marx, pero era importante que con su Programa de Godesberg el SPD se despidiera expresamente de una filosofía mecanicista de la Historia. Esto no significa de manera alguna que proclamemos el concepto de la historia como un proceso dirigido por fuerzas motrices reconocidas desde lejos. La idea del progreso - como quiera que se relativice - no se puede sostener sin una serie de hipótesis que se sostengan más allá de un día.

Hegel describió la sociedad humana como el resultado de su proceso histórico de origen y formación, por lo que atribuía a la conciencia cognoscitiva la capacidad de una repetición sistemática de las experiencias esenciales en la historia del género humano. Marx adopta este modelo histórico, pero complementa el proceso espiritual con el desarrollo de las fuerzas productivas como motor finalmente decisivo de la historia universal.

La fuerza determinante y el papel de dinámica propia de los factores económicos en los diversos ámbitos de la actividad y comunicación humanas no se ponen actualmente en tela de juicio. ¿Quién podría negar que el modelo del hombre, primordialmente determinado y autodeterminado por el trabajo caracteriza en amplia medida la imagen que hoy tenemos del mundo? En efecto, una de las proposiciones principales del movimiento obrero consistía en imponer ese modelo, debiendo aclararse que no se comprendía ese movimiento a sí mismo sólo como movimiento obrero, sino también como partido del trabajo, lo que en varios países llegó a plasmarse en los nombres de importantes partidos políticos.

Un análisis de Marx cala hondo

La dialéctica formulada en Marx - fundamentación de la identidad mediante un trabajo con sentido - se enfrenta a dos amenazas. La más común consiste en la enajenación debida a un trabajo asalariado con división del trabajo. Frente a esta enajenación, Marx ofrecía: supresión de la propiedad privada de los grandes medios de producción. Esta forma de enajenación - cuyo análisis ya casi nadie discute actualmente - tiene la forma de una negación del ser humano. Por consiguiente, otra forma puede llevar lógicamente el nombre de negación de la naturaleza.

La identidad humana se desarrolla según Marx ante todo a través del dominio sobre la naturaleza: El hombre se debe adueñar plenamente de la naturaleza y someterla a sus fines. Por si sola no es nada, es mera materia, cantera para la producción humana y lo que debe ser, sólo lo será a través de ésta. Literalmente, pareciera que la naturaleza cumpliría su cometido apenas cuando todos los ríos se hubiesen llegado a rectificar y todas las montañas a demoler.

Sabemos que con estos conceptos se describen procesos que mientras tanto se han convertido en realidades. El análisis de Marx cala hondo. En cambio, la realidad terminó por engañar la esperanza que él deseaba despertar. Marx sabía que la meta de una reproducción de la naturaleza por el hombre presupondría el desarrollo de una enorme energía, en principio irrefrenable, y de hecho aceptó esta idea. Incluso esperaba - y mucho más sus epígonos - que la "centralización de los medios de producción" rompería finalmente las "cadenas" del orden económico capitalista para lograr una riqueza social infinita. No se le pasó por la mente siquiera que algún día la consolidación del progreso humano podría requerir también el encadenamiento de las fuerzas productivas. Tuvimos que pegar con la frente en la realidad de que Marx no previó las posibilidades de dirección económica de que algún día podría tener el Estado, aún sin abolir la propiedad capitalista de los medios de producción. Y otra idea podría asombrar a muchos, a saber, la que Bruno Kreisky formuló hace poco tiempo de la siguiente manera: "Quizás tenga que aparecer un nuevo Marx que demuestre que todas las formas de economía producen crisis. . ."

En todo caso, en nuestros días nadie puede eludir la posibilidad de que el acelerado desarrollo de la investigación y la ciencia, de la técnica y la industria encierra el peligro de que el ser humano pierda el control sobre la civilización por él creada, de que se convierta en esclavo del desarrollo cuyo objetivo había sido lograr su liberación.

No hay testimonio más claro de lo anterior que la demencia reflejada en la carrera armamentista internacional, en que los participantes, haciendo uso de argumentos racionales, están a punto de poner en marcha la esencia misma de la irracionalidad, o sea, la catástrofe universal y la destrucción de la propia humanidad. La interacción de hombre y naturaleza ha producido tales desviaciones en su desarrollo que ha puesto en juego la supervivencia misma de ambos. Como con lupa podemos observar aquí el modo en que el ser humano parece hallarse a merced del desarrollo tecnológico creado por él mismo: tanto los pueblos como sus gobiernos desean hoy, en su mayoría, la paz - y este deseo mayoritario significa un inmenso progreso frente a épocas pasadas -, pero al sentirse inseguros desarrollan continuamente nuevos sistemas bélicos que acercan a la humanidad cada vez más a esa guerra, que podría significar el fin de todas las cosas.

Conviene recordar en este contexto que, aparte de ocasionales llamados a la lucha armada acordes con su tiempo y siempre en defensa de la causa justa, en Marx y

Engels existen diversos indicios de lo que hoy llamamos "medidas para fortalecer la confianza".

Fuertes contra el pesimismo cultural histórico

La indefensión del hombre frente a la técnica no sólo se percibe con respecto a los armamentos, aún cuando es en este terreno donde se manifiesta con mayor evidencia y donde resulta más amenazadora. Nosotros, quienes pese a todas las desilusiones y en vista de los nuevos conocimientos nos sentimos comprometidos con el progreso, deseando luchar por la libertad y la justicia incluso en condiciones poco favorables, debemos mantenernos fuertes frente a todo tipo de pesimismo cultural histórico. Cualquier reacción de pánico sería justamente lo opuesto a lo que se nos pide.

Los socialistas democráticos deben analizar en ellos mismos cómo pueden iniciar y promover acciones sociales y políticas que ayuden a resolver el dilema. Así, considero como una de las principales tareas de nuestro tiempo el ayudar a eliminar la fe ciega, como si el progreso social pudiese surgir de un desarrollo no guiado de todas las formas de actividad productiva.

No cabe la menor duda de que necesitamos una estructura social y política reforzada del progreso tecnológico. Hemos de poder decidir democráticamente qué tecnologías deseamos y si efectivamente deseamos algunas tecnologías específicas. Y por el otro lado, debemos ofrecer estímulos mucho mayores para el desarrollo de tecnologías cuyos productos quizás no sean siempre de inmediato reductibles, pero que pueden contribuir a mejorar la calidad social de la vida.

Creo que en el futuro la política no sólo deberá asegurar en mayor medida las condiciones que permitan nuestra existencia social, sino que también deberá crear las bases para que se pueda decidir democráticamente sobre aquellos aspectos cruciales relacionados con la manera **como** vivimos y **como** queremos trabajar, además de poder decidir sobre **qué** queremos tener y **qué no** queremos tener.

El gran público es cada vez más consciente de que la sociedad industrial inició una fase de profunda transformación. El concepto de crisis, del que tanto se abusa, resulta en este caso más bien un eufemismo, pues sugiere que una vez superada la crisis el mundo podría volver a ser como fue antes.

Sin embargo, responde a nuestra tradición concebir la transformación no sólo en su dimensión de peligro, sino también como una oportunidad. Como una oportunidad, por ejemplo, de convertir al hombre nuevamente en amo del progreso tecnológico. Ello implicará, por supuesto, una serie de cambios en nuestra relación tanto con la naturaleza como con el trabajo.

Solo usufructuarios de la tierra

La amenaza de la destrucción del planeta a la que hoy nos enfrentamos, ya fue advertida expresamente por Marx en el tercer tomo de **El Capital**: "Aún una sociedad entera, y hasta todas las sociedades coetáneas en conjunto, no son dueñas de la Tierra. Son sus propietarios, sus usufructuarios, y la poseen en cuanto **boni patres familias** con el compromiso de heredarla en mejores condiciones a las generaciones posteriores". Marx también escribió que "todo progreso de la agricultura capitalista no sólo es un progreso en el arte de robar al trabajador, sino a la vez en el arte de robar a la tierra". Le preocupó la "ruina de las fuentes permanentes de esta fertilidad" debida a una destrucción de lo que el llamaba "los manantiales de toda riqueza", a saber: "la tierra y el trabajador".

El reconocimiento de la creciente gravedad de este problema se deduce retrospectivamente también a la vista de una colección de textos de próxima publicación, en que Richard Loewenthal expone cómo Marx no pudo prever "las más recientes causas de la crisis, ligadas a la limitación física del crecimiento de la producción debida a un repetido agotamiento de las fuentes de energía y de materias primas, así como a los cada vez mayores daños al medio ambiente relacionados con el crecimiento". Y afirma más adelante: "En efecto, una de las principales revoluciones del pensamiento posterior a Marx consiste en que su expectativa de un aprisionamiento de las fuerzas productivas por la propiedad capitalista y su esperanza de su desencadenamiento en el socialismo se ven actualmente sustituidas por la preocupación generalizada de que con el desencadenamiento ilimitado de las fuerzas productivas en el capitalismo se está manifestando igualmente un creciente e imprevisto desencadenamiento de fuerzas destructivas".

El programa de gobierno para los próximos cuatro años, aprobado por la SPD hace apenas dos semanas en Dortmund, contiene un párrafo elaborado muy cuidadosamente y que se refiere a "la paz con la naturaleza". En él se dice lo siguiente: "El poder tecnológico del hombre sobre la naturaleza ha crecido en una medida tal que ya no sólo es necesaria la protección del hombre frente a las fuerzas naturales, sino aún más, la protección de la naturaleza frente al poderío humano, frente a la fuerza técnica del hombre".

Consideramos, pues, justo y necesario que junto con la explotación del trabajo humano se acabe también con la explotación de la naturaleza. Mucho más concretamente que antes afirmamos de este modo que para nosotros la conservación del medio ambiente debe ser un requisito determinante para otros sectores políticos. Al lado de la protección y restitución de la naturaleza en sentido estricto - por ejemplo mediante una protección rigurosa de las aguas o una acción firme para salvar los bosques -, ello significa asimismo una ambientación humana del mundo del trabajo y del hogar. A mi entender, la prioridad que este aspecto de la política ha recibido en nuestro programa

constituye una evolución más significativa de lo que la mayoría ha captado hasta ahora.

El desafío de problemas no previstos

Los cambios en nuestro modo de concebir el tema del trabajo no son menos profundos. El proceso reciente, ciertamente, sólo puede calificarse de dramático. ¿Quién, a principios de los años setenta, hubiera osado predecir que tanto en los Estados Unidos como en la Comunidad Económica Europea volvería a haber más de diez millones de desocupados? ¿Quién, hace sólo media generación, habría podido imaginar que en tan breve tiempo las gigantescas naves industriales se verían casi abandonadas, y que al mismo tiempo una impresionante cantidad de actividades de oficina se verían sustituidas por instrumentos electrónicos en un movimiento de racionalización? En un país como el nuestro se conjugan tres factores de gran importancia: el fuerte entrelazamiento internacional que nos hace sufrir los efectos de la crisis económica mundial, la presión de las generaciones jóvenes sobre el mercado de trabajo y la asombrosa saturación relativa del mercado interno en lo que se refiere a bienes de consumo.

No será fácil hallar una salida de este conjunto de problemas. No existen recetas patentadas. Para el desarrollo de nuevos mercados, en el que debería desembocar una bien llevada política Norte-Sur, apenas si existen los mecanismos de financiamiento requeridos. Las soluciones europeas ya casi no van más allá del ámbito fraseológico. Pero no podremos contentarnos con aceptar el desarrollo como se presente o de distribuir con fatalismo el trabajo pendiente de alguna otra manera. Hace falta una conjunción de esfuerzos nacionales y, más todavía, internacionales, para superar el desempleo.

No podremos evitar una revisión de nuestros conceptos sobre el lugar que ocupa el trabajo en las prioridades de la vida humana. Y tendremos que sacar las conclusiones políticas de lo que en varios aspectos sociales relevantes se está perfilando ya desde hace algunos años. Reconozcamos que con ello se nos ofrece también una oportunidad, independientemente de todas las dificultades actuales, particularmente de las que se refieren a la política arancelaria: una sociedad en la que la clásica actividad laboral se ve sensiblemente presionada hacia un segundo plano por las jornadas de trabajo más cortas, y en las que simultáneamente se desarrolla cada vez más la capacidad de asumir responsabilidades, es una sociedad que amplía las posibilidades de desenvolvimiento del ser humano. Ofrece a sus miembros la opción de un compromiso social voluntario no entendido como servicio, sino como autorrealización. La educación de infantes, el cuidado de ancianos o la atención a enfermos, cuya organización ha producido en nuestra sociedad una considerable enajenación, son actividades que podrían reubicarse nuevamente en grupos de trabajo más pequeños. Podría destinarse más tiempo a la superación cultural, a la autorrealización del individuo, actividades que, sumadas, deberían de significar un progreso social fundamental.

Indudablemente, no es esta la respuesta, pero sí una respuesta al reto de la transformación radical que todos vivimos.

Cien años después de Marx podríamos afirmar que los análisis del gran pensador fueron en gran medida correctos, y que buena parte de sus categorías y de su método sigue siendo moderna en forma fascinante. Sus respuestas resultaron muchas veces equivocadas, y sus esperanzas ilusorias.

La certeza transmitida por él o derivada de sus escritos en el sentido de que la causa justa vencería con una determinada legalidad, ha sido fuente de gran energía para la dinámica del movimiento obrero. Pero la historia, desde luego, no ratificó esta certeza creadora de confianza.

No olvidemos, sin embargo, que toda gran filosofía, igual que todos los grandes logros científicos, se ubica entre los dos puntos de tensión representados por los diagnósticos marcados por las experiencias de la época, de un lado, y, del otro, por el compromiso con uno mismo de filtrar la razón, la solución, el sentido contenidos en los problemas experimentados.

Veamos en el doctor Marx, cuyo destino lo llevó desde Tréveris hasta Londres, a la persona que siempre pregunta. El mismo declaró que el hilo conductor de su trabajo era "de omnibus dubitandum". Las preguntas siguen abiertas; es asunto nuestro no permitir que las cosas sigan su curso, sino esforzarnos una y otra vez por encontrar respuestas adecuadas.

Los subtítulos pertenecen a la Redacción; (N. de la R.).